

Homilía del 12 de Julio de 2015

Desde mis años de adolescencia, siempre he creído que Dios me llamaba para algún propósito suyo. ¿Para que? no tenía ninguna idea, pero estaba convencido de que era necesario ir a la universidad para cumplir esta misión. Solamente una persona en mi familia se había graduado de la escuela secundaria y nadie había asistido a la universidad. Mi padre se oponía a que fuera yo a la universidad, y nunca se me olvidará la conversación acalorada que tuvimos unas pocas semanas antes de que me salía de la casa para registrarme en la universidad.

Mi padre me dijo, «No te permito ir a la universidad». Le contesté, «Sí, papá, tengo que ir y me voy». «No lo pagaré», me dijo y respondí, «Entonces, buscaré trabajo para ganar el dinero». Dijo él, «No te manejaré a la universidad.» Le contesté, «Entonces, viajaré a dedo». Estaba convencido que Dios me mandaba en una misión aunque no sabía cual era la misión.

Después de escuchar la Primera Lectura y el Evangelio de hoy, ustedes comprenderán por qué se me vino a la memoria ese viaje que comencé hace muchos años. Y hoy en día, todavía estoy tan convencido como en aquella época de que Dios me ha llamado para servirle a él y a su pueblo. Del mismo modo estoy convencido que Dios nos llama a cada uno de nosotros para servirle, tanto como llamó a Amós, un pastor y agricultor, para que fuera a predicar a los Israelitas de Betel y tanto como mandó a los doce apóstoles a enseñar y predicar y curar a la gente.

In nuestra Segunda Lectura, la carta a los Efesios, San Pablo nos dice, «[Dios] nos eligió en Cristo antes de crear el mundo [Por] el amor . . . determinó . . . que, por medio de Jesucristo, fuéramos sus hijos [Hemos] sido marcados con el Espíritu Santo prometido». Todo esto la Iglesia nos enseña es la significación de nuestro bautismo. Como el *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice, «Por el bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión» (1213). Es en virtud de nuestro bautismo que recibimos la llamada de Dios al servicio de otros.

Este es nuestra herencia. Aún antes de la creación del mundo, Dios nos eligió ser sus hijos y así hermanos de Jesucristo mismo. Así como compartimos su gloria, así también compartimos su misión. Cuando oímos estas palabras y entendemos la verdad de ellas,

Homilía del 12 de Julio de 2015

reconocemos cuán lejos estamos de alcanzar la meta que se nos antepone por esta gran llamada de Dios. Todos nosotros estamos conscientes con agudeza de nuestro pecado y de nuestros fracasos de vivir en conformidad con esta vocación elevada.

Henri Nouwen, un sacerdote Católico Holandés y también un profesor y escritor, me ayuda a ver esta llamada desde una perspectiva más clara. Cito sus palabras:

La calidad radical de las palabras de Jesús y la aparente imposibilidad de sus demandas son muy obvias cuando son oídas como parte de una llamada general para hacernos y para ser verdaderos hijos e hijas de Dios. Mientras pertenecemos a este mundo, permaneceremos sujetos a sus modos competitivos y esperaremos ser recompensados por todo el bien que hacemos. Pero cuando pertenecemos a Dios, quien nos ama sin condiciones, podemos vivir como él. La gran conversión requerida por Jesús es movernos de pertenecer al mundo a pertenecer a Dios.

También estoy agradecido a un ex párroco aquí en la parroquia de Santa Cecilia, Padre Howard, por una homilía que predicó. Él dijo que lo que llamamos «humildad» es de verdad humildad errónea. Reconocemos nuestras culpas y nos menospreciamos, y cuando lo hacemos, no reconocemos los dones que Dios nos ha dado. Humildad, él dijo, es autoconocimiento verdadero, es decir, entender verdaderamente a sí mismo. Eso comprende tanto «nuestras potencias» o «nuestros dones» como nuestras limitaciones. Si verdaderamente somos humildes, ni nos engréimos ni nos menospreciamos. Vemos los dones que Dios nos ha dado y los usamos en su servicio. Eso es lo que nos llama a hacer.

Tengo ochenta años; Padre John tiene ochenta y cuatro años. He sido esperando y vigilando por un hombre a decirme que Dios esta llamándolo a hacerse un diácono. Amos era un pastor y cultivador de higos; fui un joven viviendo en un área rural en el estado de Mississippi. Dios llama a cada uno de nosotros. Quisiera dejarles hoy con una pregunta mientras que sigo rezando por todos ustedes: ¿Tienen una actitud receptiva para hacer cualquier Dios les llama a hacer? Que Dios nos dé la fe y la actitud receptiva para oír su llamada, la perspicacia a reconocer sus dones y a reconocer lo que Dios quiere que cada uno de nosotros ser y hacer, y el coraje para vivir en conformidad con lo que Dios quiere de nosotros.